Aprendizajes históricos para un nuevo ciclo revolucionario

Extraido del libro: Cambiar el Mundo desde Arriba. Los límites del progresismo.

Raúl Zibechi y Decio Machado

Desde la revolución rusa de 1917 contamos con un siglo de experiencias revolucionarias triunfantes. Un tiempo suficiente como para sacar algunas conclusiones o para adelantar reflexiones acerca de los límites y problemas que han enfrentado estas experiencias que, en su conjunto, involucran una parte importante de la humanidad. Unas cuantas fueron motivo de debate entre intelectuales y militantes. Otras son más polémicas y se circunscriben a la experiencia latinoamericana.

La primera

las fuerzas organizadas capaces de derribar el antiguo régimen son poco apropiadas para construir la nueva sociedad.

Las fuerzas revolucionarias triunfantes son organizaciones jerárquicas cuya cúspide está mayoritariamente integrada por varones, blancos, educados. Estas fuerzas son adecuadas para enfrentar y derrotar militarmente a las fuerzas de la reacción, pero no son en absoluto adecuadas para construir relaciones sociales de nuevo tipo ya que las dos lógicas son contrapuestas. La unificación de las fuerzas antisistémicas, necesaria para el combate, se convierte en un problema a la hora de la transformación.

La relación mando-obediencia, *"mandar mandando"* en el lenguaje zapatista, debe dar paso al *"mandar obedeciendo"* al pueblo, algo que va a contrapelo de la cultura de los grupos revolucionarios. Sólo una fuerte educación en la ética puede modificar este modo de hacer que, entre nosotros, se manifiesta en una gama de comportamientos que van desde el caudillismo o el culto a la personalidad, hasta la delegación en los jefes y dirigentes, o en las instituciones estatales, o combinaciones entre ambas.

La segunda

se relaciona con la inconveniencia de fusionar partido y Estado, ya que se conforma un «sistema oligárquico revolucionario» que es muy difícil desmontar (Del Río, 1981: 162). Este suele ser el primer paso para la cristalización de una nueva clase en el poder, una clase que nace del control del poder estatal y que se impone sobre la sociedad. El control del aparato estatal durante un tiempo prologando permite a un grupo reducido de personas el control, a través de su gestión, de los medios de producción. Éstos pueden ser formalmente propiedad del Estado, pero en los hechos son administrados por una capa que toma las decisiones más importantes, beneficiándose directamente de su gestión.

La tercera

consiste en la dificultad para desarrollar poderes de los productores, de los trabajadores y trabajadoras, poderes no estatales.

Las revoluciones suelen contar en sus primeras etapas con organizaciones de masas nacidas en la base de la sociedad (soviets, comunas, comités de defensa de la revolución), que gozan de gran legitimidad y en las que participa una parte de la población. Estas organizaciones suelen apoyar con entusiasmo los procesos de cambio y a menudo se identifican con la dirigencia revolucionaria. Pasados los momentos más álgidos del conflicto esas organizaciones suelen debilitarse, los militantes las abandonan y con el tiempo se marchitan. Pero la dirección de la revolución, en vez de insuflarles ánimo e intentar revitalizarlas, acostumbra a subordinarlas al proyecto de fortalecimiento del Estado que animan todas las revoluciones triunfantes. Ambos procesos [...] terminan por destruir el papel de las organizaciones al convertirlas en instituciones resecas incapaces de movilizar a la población. A menudo quedan convertidas en aparatos para el control de la misma población que las creó.

Existen muy pocas experiencias de autogobierno que hayan pasado el umbral del reflujo y superado la cooptación estatal. Las juntas de buen gobierno impulsadas por el zapatismo merecen un lugar destacado en la historia del autogobierno desde abajo. Hasta ahora no se han burocratizado, ni sucumbieron al Estado, ni al poder revolucionario. El hecho de que estén inspiradas en una práctica que no pretende hacerse con el aparato estatal sino que impulsa el autogobierno de los pueblos, recuperando las tradiciones indígenas, puede ser uno de los hechos que expliquen esta "anomalía". No se ha gestado un grupo autónomo, separado de las comunidades, ya que la rotación y el deseo de que todos participen en las tareas de gobierno, se mantiene intacto. En las juntas de buen gobierno son los pueblos los que están organizados como poder.

La cuarta

tiene relación con las imágenes o metáforas que manejamos sobre el fin del capitalismo y la transición a un mundo nuevo. Rosa Luxemburgo, como otros revolucionarios de comienzos del siglo XX, manejaba la teoría del colapso del sistema y llegó a afirmar que "es la médula del socialismo científico", ya que "sin el colapso no se puede expropiar a la clase capitalista" (Luxemburgo, 1967: 98). Por su parte, el sociólogo Immanuel Wallerstein considera que el derrumbe del sistema ofrece la oportunidad para no perpetuar la explotación, al destacar que "las revoluciones incluso pueden ser revolucionarias en la medida en que promueven tal derrumbamiento" (Wallerstein, 1998: 106). Llega a esa conclusión porque sostiene, en base a la experiencia histórica, que una transición controlada y organizada implica una continuidad de la explotación, ya que alguien la dirige y controla. En el pensamiento revolucionario, la imagen del derrumbe es visualizada como el momento de ruptura en el que la irrupción de los sectores populares organizados puede torcer el rumbo de la historia, poner fin a la dominación de clase y abrir las puertas para la construcción del mundo nuevo. Desde hace algún tiempo, el zapatismo maneja la hipótesis del colapso y propuso su debate en un encuentro en 2015 en Chiapas, El pensamiento crítico frente a la hidra capitalista. Es un debate bastante novedoso en los movimientos antisistémicos, pero puede ser alentador ante la apuesta de la mayor parte de los movimientos sociales de que sean los partidos en el gobierno los que encaminen a la sociedad hacia un mundo nuevo. La idea de colapso tiene una larga tradición en el movimiento socialista. En los últimos años se ha revitalizado al calor de la crisis del concepto de desarrollo indefinido y de la crisis ambiental en curso.

Es evidente que si el capitalismo no colapsa, será muy difícil superarlo. Pero el colapso por sí solo no garantiza que la sociedad que surja de sus cenizas sea mejor que la actual. En el modo de entender la transición que va ganando espacios entre organizaciones sociales y militantes, se comprende que las iniciativas existentes pueden ser el punto de partida de la reorganización de la sociedad en un sentido de mayor democracia y justicia social. En esta dirección, todas las creaciones colectivas, desde las huertas orgánicas hasta las fábricas recuperadas, desde la educación liberadora a la salud integral, deben ser entendidas como relaciones sociales heterogéneas respecto a las hegemónicas que conforman pequeños mundos nuevos que puedan servir, quizá, como inspiraciones/iluminaciones cuando la humanidad se afane por reconstruirse después del colapso.

La quinta

finalmente, representa un desafío de enorme magnitud: la idea de gobernar y dirigir a toda una sociedad, de hacer un cambio que incluya a todos los habitantes, supone una actitud totalitaria que implica gobernar a millones de personas y, guste o no, oprimirlas, algo que va en contra del espíritu emancipatorio. El problema es cómo no renunciar al cambio social más amplio posible, pero sí renunciar a la pretensión —de típico cuño iluminista y elitista— de llevarle el bien y la luz a todos y a todas. Se trata de intentar un camino diferente que pasa por la autolimitación de los revolucionarios que no deben hacer todo lo que puedan hacer, pero no sólo por razones ambientales (Capella, 2007). Es una de las cualidades mayores de la emancipación que pasa no sólo por la autoinstitución sino, junto a ella, por la autolimitación (Castoriadis, 1995). Si el capitalismo puede ser entendido como el despliegue ilimitado de las potencialidades humanas sin medir consecuencias, el ser capaces de limitarnos a nosotros mismos —básicamente por razones éticas— puede ser entendido como un modo de sofrenar impulsos irracionales que, en última instancia, nos conducen a la autodestrucción y la barbarie.

Fdo. Raúl Zibechi y Decio Machado